

industriosas fomentaban el comercio y la minería, desaparecieron como el humo, sin dejar mas rastro que la memoria de una antigua prosperidad, que para volver á restablecerse ha necesitado el trascurso de muchos años, el grande impulso que despues ha recibido Guanajuato por las compañías extranjeras de minas, y la casualidad de las grandes bonanzas de algunas de estas."

"Arrebatábanse los saqueadores entre sí los efectos mas valiosos, y la plebe de Guanajuato astuta y perspicaz, se aprovechaba de la ignorancia de los indios para quitarles lo que habian cojido, ó para cambiárselo por vil precio. Persuadiéronlos que las onzas de oro no eran moneda, sino medallas de cobre, y se las compraban á dos ó tres reales y lo mismo hacian con las alhajas, cuyo valor aquellos no conocian. El dia 29, en el que el cura Hidalgo celebraba sus dias, Guanajuato presentaba el mas lamentable aspecto de desórden, ruina y desolacion. La plaza y las calles estaban llenas de fragmentos de muebles, de restos de los efectos sacados de las tiendas, de licores derramados despues de haber bebido el pueblo hasta la saciedad; éste se abandonaba á todo género de excesos, y los indios de Hidalgo presentaban las mas extrañas figuras, vistiéndose sobre su traje propio, la ropa que habian sacado de las casas de los europeos, entre la que habia uniformes de regidores, con cuyas casacas bordadas y sombreros armados se engalanaban aquellos, llevándolas con los pies descalzos y en el mas completo estado de embriaguez."

"El pillage no se limitó á las casas y tiendas de los europeos en la ciudad; lo mismo se verificó en las de las minas, y el saqueo se hizo extensivo á las haciendas de beneficiar metales. La plebe de Guanajuato, despues de haber dado muerte en la alhóndiga á aquellos hombres industriosos, que en estos establecimientos le proporcionaban ganar su sustento con los considerables jornales que en ellos se pagaban, arruinó los es-

tablecimientos mismos, dando un golpe de muerte al ramo de la minería, fuente de la riqueza no solo de aquella ciudad, sino de toda la provincia. En toda esta ruina iban envueltos tambien los mejicanos, por las relaciones de negocios que tenian con los españoles, especialmente en el giro del beneficio de metales, para el cual algunas casas de banco de aquellos, adelantaban fondos con un descuento en el valor de la plata que en pago recibian, segun las reglas establecidas en las ordenanzas de minería para avíos á precio de plata."

"Quiso Hidalgo hacer cesar tanto desórden, para lo que publicó un bando el domingo 30 de Septiembre; pero no solo no fué obedecido, sino que no habiendo quedado nada en las casas y en las tiendas, la plebe habia comenzado á arrancar los enrejados de fierro de los balcones, y estaba empeñada en entrar en algunas casas de mejicanos, en que se le habia dicho que habia ocultos efectos pertenecientes á los europeos. Una de las que se hallaban amenazadas de este riesgo era la de mi familia, en cuyos bajos estaba la tienda de un español, muerto en la noria de Dolores llamado D. José Posadas, que aunque habia sido ya saqueada, un cargador de la confianza de Posadas dió aviso de que en un patio interior, habia una bodega con efectos y dinero que él mismo habia metido. Muy difícil fué contener á la plebe, que por el entresuelo habia penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco peligro, por haberme creido europeo. En este conflicto mi madre resolvió ir á ver al cura Hidalgo, con quien tenia antiguas relaciones de amistad y yo la acompañé. Grande era para una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una muchedumbre embriagada de furor y licores: llegamos sin embargo, sin accidente hasta el cuartel del regimiento del Príncipe, en el que como antes se dijo estaba alojado Hidalgo. Encontramos á éste en una pie-

za llena de gente de todas clases: habia en un rincón una porción considerable de barras de plata, recogidas de la alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otra una cantidad de lanzas y arrimado á la pared y suspendido de una de estas, el cuadro con la imágen de Guadalupe que servia de enseña á la empresa. El cura estaba sentado en su catre de camino con una mesa pequeña delante, con su traje ordinario y sobre la chaqueta un tahalí morado, que parecia ser un pedazo de estola de aquel color. Recibiónos con agrado, aseguró á mi madre de su antigua amistad, é impuesto de lo que se temia en la casa, nos dió una escolta, mandada por un arriero vecino del rancho del Cacalote, inmediato á Salvatierra, llamado Ignacio Centeno, á quien habia hecho capitán, y al cual dió orden de defender mi casa y custodiar los efectos de la propiedad de Posadas, haciéndolos llevar cuando se pudiese al alojamiento de Hidalgo, pues los destinaba para los gastos de su ejército. Centeno teniendo por imposible contener el tumulto que iba en aumento, pues se reunia á cada instante mas y mas gente empeñada en entrar á saquear, dió aviso con uno de sus soldados á Hidalgo, el cual creyó necesaria su presencia para contener el desorden que no habia bastado á enfrenar el bando publicado, y se dirigió á caballo á la plaza, donde mi casa estaba, acompañado de los demas generales. Llevaba al frente el cuadro de la imágen de Guadalupe, con un indio á pié que tocaba el tambor: seguian porción de hombres del campo á caballo con algunos dragones de la Reina en dos líneas, y presidia esta especie de procesion el cura con los generales, vestidos estos con chaquetas, como usaban en las poblaciones pequeñas los oficiales de los cuerpos de milicias, y en lugar de las divisas de los empleos que tenian en el regimiento de la reina, se habian puesto en las presillas de las charreteras unos cordones de plata con borlas, como sin duda habian visto en algunas estampas que usan los edeca-

nes de los generales franceses: todos llevaban en el sombrero la estampa de la vírgen de Guadalupe. Llegada la comitiva al paraje donde estaba el mayor peloton de plebe, delante de la tienda de Posadas, se le dió orden al pueblo para que se retirase y no obedeciéndola, Allende quiso apartarlo de las puertas de la tienda metiéndose entre la muchedumbre: el enlosado de la acera formaba allí un declive bastante pendiente, y cubierto entónces con todo genero de suciedades, estaba muy resbaladizo: Allende cayó con el caballo y haciendo que este se levantase, lleno de ira sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe que huyó despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido. Siguió Hidalgo recorriendo la plaza y mandó hacer fuego sobre los que estaban arrancando los balcones de las casas, con lo que la multitud se fué disipando, quedando por algun tiempo grandes grupos, en los que se vendian á vil precio los efectos sacados en el botín."

"A este pillage desordenado de la plebe, siguió el mas regularizado que Hidalgo hizo practicar de todo aquello que se habia ocultado al pueblo. Quedó en mi casa el capitán Centeno por algunos dias con una guardia, á expensas de mi familia, y en ellos se ocupó en hacer sacar los efectos y dinero pertenecientes á Posadas que estaban en la bodega interior, todos los cuales fueron llevados al cuartel de caballería, y se reguló que valdrian cosa de cuarenta mil pesos. Familiarizado en este intermedio Centeno en mi casa, se le preguntó una vez cuales eran sus miras en la revolucion en que habia tomado parte, y contestó con la sinceridad de hombre del campo, que todos sus intentos se reducian "á ir á México á poner en su trono al Sr. cura, y con el premio que este le diese por sus servicios volver á trabajar al campo." Lo que se verificó en mi casa con los efectos de la propiedad de Posadas, se repitió en otras muchas, pues aunque hubo criados fieles que ayudaron á salvar algunos restos de los cau-

dales de sus amos, otros les hicieron traicion y denunciaron los parages en donde aquellos habian ocultado dinero ó alhajas. En la casa de D. Bernabé Bustamante, este con sus hijos y un solo criado en quien tenia entera confianza, habia arrojado al algibe cantidad de dinero y barras de plata, pero dado aviso por el criado, Hidalgo mandó vaciar el agua y sacar el dinero y las barras. En vano los hijos de Bustamante le representaron, que aquel era patrimonio de ellos mas bien que propiedad de su padre, pues todo lo que lograron fué que les mandase volver algunos muebles de poco valor, pero en cuanto al dinero y plata, dijo que lo necesitaba y que lo pagaría cuando hubiera dado próspero fin á su empresa.”

“Los prisioneros de Granaditas fueron llevados como arriba se ha dicho, á la cárcel y en ella pasaron la noche, sin alimentos, sin ser curados sus heridas, y aun sin agua con que apagar su sed, viendo morir á algunos de sus compañeros, y amenazados todos de perecer á manos de los mismos que los custodiaban. No era Guanajuato poblacion en que la funesta rivalidad entre criollos y gachupines hubiera echado hondas raices: por el contrario, los españoles, relacionados de parentesco y amistad con las familias del pais, eran una misma cosa con ellas y sus infortunios tocaban muy de cerca á éstas. Por efecto de este interés, muchos vecinos americanos fueron al siguiente dia á visitar á los presos, á llevarles auxilios y consuelos y á solicitar en su favor con Hidalgo. Este mandó que se pusiesen desde luego en libertad todos los americanos que habian sido presos en la alhóndiga, á excepcion del tambor mayor Garrido, á quien reservaba para hacer en él un severo castigo, que sin embargo no ejecutó. En los dias sucesivos se permitió volver á sus casas á varios de los principales europeos, y los demas fueron distribuidos, en el cuartel de infantería los que estaban sanos ó ligeramente heridos, y los de mas gravedad en la al-

alhóndiga. Mandábanseles alimentos y otros auxilios de algunas casas particulares, y ademas se les asistia en general de parte de Hidalgo con todo lo que necesitaban. En la misma alhóndiga se reunieron despues todos los europeos presos, y á ella fueron llevados tambien los que se recojieron en los pueblos por donde habia pasado Hidalgo y que habia conducido con su ejército. Los de los demas puntos de la provincia emigraron á Querétaro, Valladolid, S. Luis ó Guadalajara, segun la proximidad, ó se presentaron á Hidalgo, quien dió á algunos papel de resguardo y les permitió quedarse en sus casas, por empeño de sus familias ó por recomendacion de sus amigos. A la viuda del intendente Riaño que habia perdido toda su ropa y muebles en la alhóndiga, le mandó dar una barra de plata, y á su hijo D. Gilberto, que se creyó por algunos dias que podría restablecerse de sus heridas, le hizo proponer una alta graduacion si se adhería á su partido, lo que aquel no quiso ni aun oír.”

“Sosegado algun tanto el tumulto de la toma y saqueo de la ciudad, alojó Hidalgo á la gente de á caballo que lo acompañaba en las haciendas saqueadas: los indios se quedaron exparcidos por las calles, y muchos de estos, contentos con la presa que habian hecho, se retiraron desde allí á sus pueblos y rancherías, desercion que no le daba cuidado alguno al cura, porque estaba seguro de hacer nuevos reclutas en todos los pueblos que atravesase. Reunió con mucho empeño los soldados que habian quedado del batallon provincial, para destinarlos al manejo de la artillería que trataba de fundir, en cuyo servicio se habian ejercitado en el canton de Jalapa, y como con la toma de la capital toda la provincia se declaró por él, dispuso se presentasen á aumentar su ejército los tres escuadrones del regimiento del Príncipe, que no habia habido tiempo para que llegasen á ponerse á las órdenes del intendente.”

Hasta aquí las palabras de Alaman. D. Carlos M.

Bustamante refiere así en su cuadro histórico estos terribles pero interesantísimos sucesos (tomo 1.º pag. 27) "El viérnes 28 de septiembre fué dia terrible para Guanajuato. A las once de la mañana llegaron á la trinchera de la cuesta que sube de la calle de Belen á la alhóndiga, D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo, el primero con divisa de coronel, y el segundo de teniente coronel del ejército de Hidalgo, acompañándolos dos dragones y dos criados con lanzas. Entregaron un oficio que traian de su jefe al intendente Riaño, quien les hizo decir por medio de su teniente letrado que era necesario esperasen la respuesta, por tener necesidad de consultar antes de darla. Por tanto Abasolo se marchó al momento y dejó á Camargo á que la aguardase, el cual antes de que se la dieran pidió licencia de entrar en el fuerte, porque tenia que hablar en lo verbal con el intendente: concediósele este; pero desde la trinchera se le condujo con los ojos vendados á usanza de guerra, hasta llegar á la pieza donde debia entrar; quitósele allí la venda, y estuvo en comunicacion con el teniente letrado, D. Francisco Iriarte, D. Miguel Arizmendi y otros, en cuya compañía se le dió de comer hasta que se le despachó. Interin pasaba esto, llamó el intendente á todos los europeos y oficiales de la tropa, é hizo que en voz alta se leyese el oficio que acababa de recibir, el cual en sustancia decia: "Que el numeroso ejército que comandaba lo habia aclamado en los campos de Celaya capitán general de América, y que aquella ciudad con su ayuntamiento lo habia reconocido por tal, y se hallaba autorizado bastantemente para proclamar la independencia que tenia meditada; porque siéndole para esto obstáculo los europeos, le era indispensable recoger á cuantos existian en el reino, y confiscar sus bienes; y así le prevenia se diese por arrestado con todos los que le acompañaban, á quienes trataria desde luego con el mayor decoro, y de lo contrario entraria con su ejér-

cito á viva fuerza sufriendo el rigor de la guerra. Al calce del oficio decia al intendente, que la amistad que le habia profesado le hacia ofrecerle un asilo seguro para su familia en un evento desgraciado." (1)

"Concluida la lectura de esta intimacion, el intendente dijo á los circunstantes. . . . Señores, ya Udes. han oido lo que dice el cura Hidalgo; trae mucha gente, é ignoramos su número, como tambien si trae artillería, en cuyo caso es imposible defendernos. Yo no tengo temor ninguno, pues estoy pronto á perder la vida en compañía de Udes., pero no quiero crean que intento sacrificarlos á mis particulares ideas. Udes. me dirán las suyas que estoy pronto á seguir las."

"Un profundo silencio siguió á esta peroracion; los mas pensaban rendirse considerando á sus familias que habian dejado expuestas en la ciudad, y temian ser los primeros en levantar la voz; hizolo al fin D. Bernardo del Castillo diciendo. . . . No señor, no hay que rendirse. . . . *Vencer ó morir*. . . . Oida por los demas siguieron maquinalmente su dictámen. Satisfecho el Sr. Riaño de que esta era la voluntad de todos se salió á contestar; oyósele decir continuamente con un entusiasmo mezclado de sorpresa estas palabras. . . . Ah! ah! . . . ¡Pobres de mis hijos los de Guanajuato!"

"En seguida respondió con la mayor entereza al general Hidalgo diciéndole: "Que no reconocia otro capitán general en la Nueva España que el virey D. Francisco Javier Venegas, ni podia admitir otra reforma que la que se hiciese en las próximas cortes que estaban para celebrarse; y que en tal virtud, estaba dispuesto á defenderse hasta lo último con los soldados que lo acompañaban." Firmó el oficio con la misma serenidad con que despachaba el correo ordinario, poniéndole en el calce: *Que la diferencia en el modo de opinar entre él y el general Hidalgo no le impedia dar-*

(1) Véase la nota de la pág. 53 donde insertamos el verdadero tenor de estas comunicaciones.

le las gracias por su oferta, y admitirla en caso necesario.”

“Despachado por el intendente Riaño el comisionado Camargo, comenzó á dar sus disposiciones de resistencia. Colocó tropa en las trincheras, y el resto con los europeos, parte en la plazoleta de la Alhóndiga, y parte en la azotea en la que fijó bandera de guerra. Formó la caballería dentro de las trincheras, distribuyó las municiones, y dió á la tropa un corto refresco: no faltaron algunos sacerdotes que se presentaron y confesaron á los que se decidieron á morir cristianamente. Notábase en medio de estas disposiciones, que así en las alturas como en derredor del fuerte habia mucha gente de la plebe sentada, y tan tranquila, como si esperasen ver una corrida de toros. Semejante indiferencia ó apatía en tal sazón, pudo muy bien enseñar á aquellos españoles pertinaces, todo el mal que debían prometerse de tan curiosos espectadores; mas su orgullo solo les hacia entrever un triunfo seguro: un filósofo viera una ruina inevitable.”

“A la una de la tarde comenzó á entrar el ejército del cura Hidalgo por la calzada, (si puede darse este nombre á una turba confusa de muchos indios honderos, flecheros y garroteros.) Presentábanse muchos armados de lanza y machete, y pocos con fusiles. Veíanse entre estos los dragones de la reina de S. Miguel el Grande, y parte del regimiento de infantería de Celaya, que á la entrada de Hidalgo en aquella ciudad se le incorporó, quedándose otro batallón en Querétaro, fuerza que como dijimos, sirvió para el arresto del corregidor. No podré fijar el número de las tropas del Sr. Hidalgo, creese con probabilidad que llegasen á veinte mil hombres.”

“Para que V. pueda formar idea del ataque, es preciso que la tenga antes de la fortificación de Granaditas. Comunicábase esta por una puerta de la hacienda de plata nombrada *Dolores*, cuya noria y bardas do-

minaban la calzada, por cuya ventaja comenzaron desde allí los españoles á hacer fuego, y mataron tres indios. Visto esto por el ejército, se dividió en dos trozos, parte de los de á pié y caballería tomó por detras de *Pardo*, para subir al cerro de S. Miguel, bajando los primeros por el punto que llaman del *Venado*, y los segundos por la calzada de las *Carreras*. El otro trozo de á pié tomó por detras de la hacienda de *Flores* para subir al cerro del *Cuarto*. De trecho en trecho se veían banderas de todos colores, que parecían mascadas con una estampa de Nuestra Señora de Guadalupe en el centro. Los de á pié se colocaron sobre las azoteas, en sitios donde alcanzaba la honda. Otros en el rio quebraban piedras y las daban á los proveedores, que como hormigas subían por todas partes. Era tal la pedrea que menudeaban, que no se daban punto de reposo; de modo que concluida la acción se notó que el pavimento de la azotea y patio, tenia el alto de una cuarta de dichas peladillas arrojadizas. El trozo de caballería que bajó por las *Carreras*, sería como de dos mil hombres, los que apoderándose de la cárcel, pusieron en libertad á mas de cincuenta criminales, y á otros muchos de delitos menores: hicieron lo mismo en las *Recogidas*, y á todos los llevaban por delante con dirección hácia la alhóndiga gritando; viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡viva América! A su tránsito por las calles gritaban que abriesen las puertas, rompieron las de la confitería de Zenteno, y repartieron los dulces al pueblo.”

“Comenzó, pues la acción situándose los honderos en sus puestos, y los fusileros en los cerros del *Venado* y del *Cuarto*. El fuego era vivísimo, y aumentaba el pavor que causaba el silbido de las balas, la espantosa grito de la plebe, unida ya con los indios. El fuego de los sitiados no era menos infernal, y como certero y dirigido sobre grandes masas de gente, hizo tanto destrozo, que las trincheras estaban llenas de muertos. Sin embargo los asaltantes cobraron con la horrorosa